

Capítulo 5: Lo que no basta

Esa noche, Mateo no durmió.

Se acostó con la ropa puesta, las luces apagadas y los ojos abiertos. El beso le daba vueltas por dentro, como un eco suave que no se iba. No era culpa, ni confusión. Era otra cosa. Algo que parecía decirle: esto no debía pasar... pero tenía que pasar.

Pasadas las dos de la madrugada, su celular vibró. Un mensaje.

“¿Estás despierto?”

Era de Emi.

Mateo se sentó al instante. Respondió sin pensarlo:

“Sí.”

Unos segundos después, otro mensaje:

“Puedo pasar por ti. Quiero mostrarte algo.”

No preguntó qué. Solo se puso un suéter, tomó su abrigo y bajó.

Emi lo esperaba frente al hotel, en su coche pequeño, con las luces apagadas y el motor encendido.

Vestía simple: sudadera, bufanda, el cabello suelto. Tenía los ojos cansados, pero firmes.

—No podía dormir —dijo ella mientras arrancaba.

—Yo tampoco.

Manejaron durante cuarenta minutos por calles vacías. Ni una palabra. Solo el ruido suave de las ruedas sobre el asfalto y la ciudad dormida. A Mateo no le importaba a dónde iban. Estar con ella, de madrugada, en ese momento que no le pertenecía a nadie más, ya era suficiente.

Llegaron a una colina apartada, con vista hacia el mar. Había una banca de madera, medio escondida por los árboles. Emi bajó primero, con pasos seguros. Mateo la siguió.

—Aquí venía cuando no sabía qué hacer —dijo ella, sentándose—. Después de que él se fue... venía sola. A veces lloraba. A veces no pensaba en nada. Solo me sentaba... y dejaba que el tiempo pasara sin pedirme explicaciones.

Mateo se sentó a su lado. Sentía frío en las manos, pero no quiso meterlas en los bolsillos. Las apoyó en sus piernas, cerca de las de ella.

—No sé si esto está bien —dijo él, con la voz baja—. Pero no quiero que termine así.

Ella lo miró. Sus ojos tenían algo de nostalgia... y algo de aceptación.

—Lo nuestro no empezó como algo que debía durar, Mateo. Tú viniste a sanar. Yo solo... estaba aquí.

—Pero no fue casualidad. No puede serlo —insistió él—. Esto que sentimos... lo que pasó. No es poco.

—No lo es —admitió ella—. Pero tampoco es suficiente.

El viento sopló con más fuerza. Los árboles se movieron como si también quisieran decir algo.

—Yo no puedo irme de aquí —continuó Emi—. Mi vida está aquí. Mi trabajo, mi madre... todo. Y tú tienes que volver a la tuya.

—Podría volver... y regresar —dijo él, rápido, como si decirlo lo hiciera posible.

—¿Cada cuánto? ¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta cuándo? —preguntó ella, sin dureza—. No quiero ser un paréntesis en tu vida. Ni tú en la mía.

Mateo bajó la mirada. Le dolía porque era verdad.

—Entonces... ¿qué somos?

Emi respiró hondo. Su voz fue apenas un susurro:

—Dos personas que se encontraron... porque lo necesitaban. No para quedarse, sino para recordarse que todavía podían sentir algo.

Hubo silencio. El tipo de silencio que se parece mucho a una despedida.

—Pero no quiero olvidarte —dijo Mateo, casi en un ruego

—Entonces no lo hagas —respondió ella—. No estoy pidiéndotelo.

Ella se giró hacia él, tomó su mano y entrelazó sus dedos.

—Hagamos un pacto —dijo—. No vamos a olvidarnos. No importa cuánto pase. No importa si no volvemos a vernos. Vamos a recordar esto. Cada detalle. Porque esto fue real, aunque no sea eterno.

Mateo cerró los ojos.

—¿Y si duele?

—Que duela. Lo que vale, duele un poco.

Se quedaron ahí hasta que el cielo empezó a aclarar apenas. Luego bajaron al coche. No hablaron más. El pacto ya estaba hecho.

Mateo sabía que debía regresar a México.

Y ella sabía que no iba a detenerlo.